

CRISTINA HIGUERAS

SOY
TU
MIRADA

The title 'SOY TU MIRADA' is written in large, white, sans-serif capital letters. Three wasps are integrated into the design: one is positioned inside the letter 'O' of 'SOY', another is to the left of the letter 'U' in 'TU', and a third is perched on the top right of the letter 'A' in 'MIRADA'. The background is a dark, textured grey.

Una trepidante aventura literaria que
te conducirá por caminos insospechados
hasta un final sorprendente

¿Qué pasaría si solo conocieras sus ojos y sucumbieses a su mirada? ¿Y si esa mirada te empezase a seguir anticipándose a tus deseos, la encontrases en todas partes y la atracción inicial se convirtiera en la sensación de estar permanentemente bajo observación? ¿Quién se está adelantando a tus pensamientos, a tus movimientos? ¿Por qué lo hace? ¿Para qué?

Junto a la irresistible fascinación que empiezas a sentir por quien está detrás de esos ojos y el desconcierto y la necesidad de resolver el misterio, empieza a crecer un miedo a lo desconocido que nunca antes habías sentido.

Esta es la historia de Nora Salinas. Una respetada jueza con una vida aparentemente normal, pero con un pasado tenebroso que irrumpe en su presente.

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 27

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Agradecimientos

Sobre la autora

*A ti que, a través de estas páginas,
te aventuras a vivir otras vidas conmigo.*

*Si te has quemado una vez, rehúyes
el fuego;
si te has quemado dos veces, te has
quemado para siempre.*

JULIAN BARNES

1

Acuarela June***44 años******1,72 m******56 kilos******En proceso de extinción***

Se quita las gafas tras añadir un emoticono sonriente a la frase de presentación. Un detalle que remata el perfil elaborado hace días. Sonríe. Saltarse las reglas es sexi, peligroso. Especialmente en su situación. ¿Por estar casada? No. No por eso, precisamente.

La imaginación de quien mire la fotografía completará la figura en blanco y negro sobre fondo neutro. Una sencilla instantánea aderezada con unos impersonales pantalones vaqueros y una ceñida camiseta de tirantes. Solo falta el rostro. Únicamente. No es mucho. Cualquiera puede suponer que se trata de una mujer atractiva. Una más entre tantas otras en busca de compañía. Sin embargo, los que pululan por la web se quedarían atónitos si contemplaran la parte ausente de la imagen. El rostro de pómulos rotundos enmarcado por su cuidada melena castaña les resultaría tremendamente familiar. Tanto como la tensa expresión que su cara adquiriría cuando la sorprendía una cámara o un micrófono. Una imagen que había salpicado con frecuencia los informativos, colándose en los hogares de todo el país.

Esta vez, los tópicos, los sobrentendidos y los compartimentos estancos la favorecen. Nada suele ser lo que parece. Aunque las piezas encajen. Sobre todo, cuando las piezas encajan. Ella lo sabe muy bien.

Vuelve a ponerse las gafas para curiosear el panorama que le ofrece el club virtual sin saber con precisión lo que espera encontrar. No podría decirse que busque contactar con alguien. Más bien espera sentir la emoción de lo imprevisto. Algo que la saque del bucle al que la vida la ha llevado. Una reiteración en la que el hastío había ido adquiriendo un protagonismo que Nora Salinas quisiera haber evitado a toda costa pero que, a estas alturas, tiene que reconocer si quiere ser sincera consigo misma.

Grino emite un gruñido solicitando su postre tras haber dado buena cuenta del plato de pienso. Nora le da un trocito de tostada y le palmea con ternura el lustroso lomo color canela, pero el perro continúa solicitando más comida elevándose sobre las dos patas traseras y apoyando las delanteras en el muslo de su ama.

—Ya no hay más, que te estás poniendo muy gordo —le regaña cariñosamente mientras le acaricia la cabeza. Grino, resignado, se sienta junto al taburete con la esperanza de que su amiga cambie de opinión y le termine premiando con alguna chuchería.

Mientras mastica un biscote con fiambre de pavo, Nora examina diferentes perfiles masculinos. Abundan los individuos musculosos, la mayoría de ellos tatuados, exhibiéndose en multitud de imágenes. Hay otros muy delgados con atisbo de pertenecer a variopintas tribus urbanas. También gordos insulsos que la corrección política imperante suele renombrar como «fofisanos», posando con ropa holgada para disimular la tripa. Y, para acabar, los que su tía Ester tildaría de «gurruminos», palabra que a Nora le hace mucha gracia y que podría ser tan equivalente a «empollón» como a «tontolaba». Todos aseguran tener una vida extraordinaria repleta de aficiones apasionantes.

Hobbies sospechosamente parecidos. Las descripciones y los comentarios que aspiran a indicar que tienen un gran sentido del humor, creyendo por eso que van a predisponer a la audiencia femenina, carecen tanto de gracia como sus aspectos. Aunque apenas hace una semana que es miembro del club virtual, ya han contactado con ella tipos de todas estas características. Sin excepción, se esfuerzan en ser singulares, pero lo único que consiguen es reproducir patrones. Unas vidas sin historia que hay que adorar.

Arquea las cejas de modo inconsciente. Le sorprende que haya mujeres que se sientan atraídas por semejantes individuos. Las presentaciones de algunos le hacen sonreír, otras le parecen patéticas, pero en general el proceso de navegar de incógnito le resulta divertido. El anonimato le permite dejar de ser Nora Salinas, con todo lo que eso significa. Siente ese hormigueo en el estómago tan característico. El mismo de cuando era niña y cometía una travesura.

Se aprende mucho de uno mismo cuando te adentras en terreno inestable. Y esa actividad en la que estaba inmersa, tan adulta, le hacía sentir de manera inesperada como cuando jugaba en su infancia a los recortables y vestía a las figuras de papel que ella misma había creado. Bastaba con cambiarles el traje y colocarles una peluca, un bigote o una barba si se trataba de hombres, o unas gafas y caderas o pechos algo más prominentes rellenando el vestido si eran mujeres, para que se transformaran en personajes totalmente diferentes. Además de diseñar los muñecos, dibujaba el vestuario y los complementos. Recuerda con agrado el modo de ajustar el modelito mediante las pestañas de papel a la silueta recortada. Jugaba a que esos pequeños maniquís eran espías cuya misión era infiltrarse en una organización criminal y necesitaban caracterizarse para resultar irreconocibles. Algo parecido a lo que ella estaba realizando ahora. Ninguna de esas figuritas te-

nía nombre propio, pero todas pertenecían al CPO, siglas de Comité Potente Organización, una especie de organismo gubernamental inventado por ella misma que velaba por el bien de los ciudadanos. A veces dirigía la película, porque Nora, la niña, se la imaginaba como tal. Tumbada en el suelo, frente al espejo, organizaba los encuadres más convenientes para que dialogaran los personajes. Los situaba estratégicamente y los convertía en sus particulares estrellas de papel.

Toma el mando a distancia que ha dejado junto al plato con los restos del desayuno, lo orienta hacia el aparato a través de la ventana que comunica la cocina con el salón y sube levemente el volumen de la música que suena de fondo. Cecilia Bartoli cantando ese aria del repertorio de Farinelli ha contribuido a realizar su particular viaje en el tiempo.

La música clásica es la banda sonora de su infancia. Cada vez que recuerda esa etapa de su vida lo hace con una pieza de algún compositor anterior al siglo XX. Trampas del subconsciente, pues no hay fundamento alguno para pensar que la armonía formara parte de esa fase de su existencia, tan inundada de ruido. Como en las películas, la música es algo que ella ha introducido *a posteriori*.

Coge la taza con intención de dar otro sorbo a su primer café del día, pero comprueba que lo ha terminado. Levanta la vista hacia el reloj de pared. Las ocho y cuarto. Esperaba que fuera más tarde, seguramente porque Jaime salió hace un buen rato de casa y ella ya ha sacado a pasear a Grino. Se alegra de disponer todavía de unos minutos antes de ir al juzgado.

Toma con los dedos el pequeño trozo de biscote y se lo lleva a la boca sacudiendo a continuación las manos sobre el plato para depositar las migas. Se levanta del taburete y va hacia el otro extremo de la cocina para coger la cafetera. Cuando está vertiendo el humeante líquido en la taza, escucha un sonido. Es el tono característico de la

aplicación de contactos. La adrenalina que la musiquilla le produce le incita a acercarse a la *tablet*. Antes, adereza el café con un chorrito de edulcorante, da un sorbo para comprobar que está lo suficientemente dulce y va hacia la mesa.

La franja de unos ojos negros enmarcados por unas pobladas cejas inunda la pantalla. Ojos a la vez poderosos y débiles, desvalidos y seguros, sugerentes y pudorosos. Transmiten una confianza que la invita a contactar virtualmente con él. Como si el dueño de los mismos la observara traspasando la barrera de lo evidente. Es simplemente una fotografía, pero le da la impresión de que el hombre la está viendo con nitidez a través de la pantalla. Siente de repente que tiene humedecida la nuca con algo de sudor e, instintivamente, se levanta la melena para refrescarse.

Kairós

39 años

1,84 m

70 kilos

Soy tu mirada

Tras leer el modo que tiene el personaje de presentarse, ve que aparece una frase en la banda destinada al diálogo.

Kairós: Antes de que te extingas, ¿me dejarás mirar dentro de ti?

Nora da un respingo. Una alarma interna se le ha disparado de manera automática. Repasa visualmente su propia foto con el temor de que algún detalle la haya delatado. La inquietud dura solo unos instantes. No existe la más mínima pista que indique a quién puede corresponder la imagen que ella ha colgado. El tal Kairós probablemente

es un tipo detallista, ya que ha recogido el guante que ella dejaba caer en su presentación: «En proceso de extinción».

Acuarela June: Prefiero, de momento, no exponerme.

Casi inmediatamente su interlocutor responde.

Kairós: No me has entendido. Ver tu cara me importa menos que lo que hay detrás. Los rostros, al final, cambian, se deterioran. En definitiva, caducan.

Acuarela June: Hay gente que se gasta mucho dinero en que eso no pase.

Kairós: Esos o esas suelen empeorarlo todavía más.

Acuarela June: Bueno, el interior también se transforma.

Kairós: No necesariamente. Puede permanecer inalterable si te empeñas en ello.

Acuarela June: ¿Crees que basta con quererlo?

Kairós: No. Basta con quererse.

Kairós. Un personaje aparentemente más interesante que las vulgaridades con las que se ha topado hasta ahora. Se dispone a seguir el hilo de la charla cuando escucha tres golpes sincopados provenientes de la entrada.

En lugar de ladrar, como es lo habitual cuando alguien llama a la puerta o un ruido fuera de lo corriente interfiere en su plácida rutina, Grino va en silencio hacia su rincón, se hace un ovillo y mete el hocico entre la cobertura de su camita. Parece asustado.

Nora baja el volumen de la música y se dirige al recibidor. Echa un vistazo por la mirilla. No parece haber nadie tras la puerta. Regresa a la cocina. Se repiten los tres golpes. Con la misma cadencia e intensidad.

—¿Quién es? —pregunta alzando la voz.

Ante la ausencia de respuesta, vuelve a la entrada. Descorre el pestillo y abre. El descansillo está desierto. No hay más viviendas en el ático, así que descarta que haya sido algún vecino. Cierra. Vuelve a la cocina. A medio camino se cruza con Grino, que camina con su trote pizpireto hacia el recibidor. Nora le sigue con la mirada. Ve que el perro está husmeando el suelo. Alguien ha deslizado un sobre por debajo de la puerta. Ella da unas cuantas zancadas y se apresura a abrir para ver quién está jugando al escondite. El rellano del ático continúa vacío. Se agacha para recoger lo que parece una carta y cierra la puerta. No figura remitente ni destinatario, pero está cerrada. Despega la solapa para acceder a lo que hay en el interior. El sobre está vacío. Mete los dedos dentro por si hubiera algún minúsculo objeto que le hubiera pasado desapercibido. Nada. Regresa a la cocina y permanece en pie, desconcertada. Orienta el mando a distancia hacia el equipo de música y presiona la tecla de apagado. Silencio.

Tras unos instantes, Grino altera la actitud pensativa de Nora al arrimarse a ella. Levanta las orejas e inclina la cabeza hacia un lado, como esperando a que su amiga le comunique lo que está pensando.